

JAVIER ARCE

ALARICO
(365/370-410 A. D.)
La integración frustrada

Marcial Pons Historia
2018

Índice

	<u>Pág.</u>
SIGLAS Y ABREVIATURAS.....	13
PRÓLOGO	15
1. ALARICO: DEL DANUBIO A CONSTANTINOPLA	23
<i>En una isla del Danubio. Primeros años</i>	23
<i>Un rex o un líder militar</i>	25
<i>Un pueblo muy heterogéneo</i>	27
<i>Primeras escaramuzas</i>	35
<i>Alarico en Constantinopla: negociaciones</i>	37
2. ALARICO EN GRECIA	43
<i>Las Termópilas</i>	43
<i>Alarico en Atenas (396 d. C.)</i>	45
Costobocos y hérulos	47
El muro herúleo.....	51
Aquiles y Atenea defensores de Atenas	53
Alarico agasajado en Atenas.....	57
Alarico y la Acrópolis	60
<i>Hacia el Peloponeso</i>	62
<i>Pholoe y la intervención de Estilicón</i>	66
3. EL PRIMER DESAFÍO: ALARICO INVADE ITALIA.....	71
<i>Promesas y ofertas</i>	71
<i>La invasión de Italia (401)</i>	77
<i>Derrotas de Pollentia y Verona</i>	81
<i>Non est ista pax, sed pactio servitutis</i>	85

	Pág.
<i>Olympius y el fin de Estilicón</i>	86
<i>Otra vez en Italia</i>	88
4. ALARICO FRENTE A ÁRCADIO, HONORIO Y ESTILICÓN.....	91
<i>Los pollos de Honorio</i>	92
<i>Débil y somnoliento: Arcadio</i>	101
<i>Estilicón</i>	103
5. LOS TRES ASEDIOS DE ROMA: 408, 409 Y 410.....	109
408	112
La muerte de Serena.....	114
Hambre, peste, antropofagia.....	115
Embajadas y acuerdos	117
409	122
Embajadas e intentos de conciliación	122
Priscus Attalus, proclamado emperador en Roma.....	125
410	130
6. MUERTE, FUNERAL Y TUMBA DE ALARICO.....	141
<i>El camino hacia África</i>	141
<i>Funeral y tumba de Alarico</i>	146

APÉNDICES

I. EL «TESORO» DE ALARICO	159
II. LA TUMBA EN EL RÍO BUSENTO (<i>DAS GRAB IM BUSENTO</i>). BALADA DE AUGUSTO VON PLATEN TRADUCIDA POR ANTONIO TRUYOL Y SERRA	163
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.....	165
ÍNDICE DE NOMBRES.....	175
ÍNDICE DE MAPAS Y ESQUEMAS.....	181

Prólogo

Como en otras ocasiones, creo que debo comenzar diciendo o explicando lo que *no* es este libro. Ciertamente no es una biografía de Alarico, que vivió entre los años 365/370-410 d. C., es decir, en la segunda mitad del siglo IV y comienzos del V. La documentación que poseemos sobre él en la Antigüedad no lo permite, porque es muy fragmentaria e incompleta. Aun así, es posible seguir aspectos o episodios de su biografía a través de las fuentes antiguas. Por lo tanto, he decidido centrarme en una serie de temas que considero fundamentales y que, en muchos casos, están sometidos a un amplio debate en la historiografía, conservando en lo posible un hilo cronológico básico.

Por ejemplo: me ha interesado estudiar y procurar dejar claro si a Alarico le conviene con propiedad el título de *rex* que le asignamos de forma habitual. Y, eventualmente, precisar qué significa este término referido a Alarico y que le asignan algunos historiadores antiguos, aunque en época muy tardía. La conclusión será que, en el momento y en la circunstancia histórica en los que vivió Alarico, este título no es del todo adecuado, ya que ello implicaría que, en ese momento tan temprano de la historia de los godos, la «realeza» —con todas las connotaciones que ello implicaría después— existía como parte o forma de gobierno de este pueblo. Y ello no es así.

Otro problema que me ha interesado destacar, y del que se han ocupado también otros historiadores, es saber cómo podemos definir cuál era y quiénes formaban el «pueblo» que siguió a Alarico en los frecuentes y agitados desplazamientos de un lugar a otro de la geografía del Imperio Romano, de norte a sur, de este a oeste, de Constantinopla a Atenas, de Atenas al Peloponeso, del Peloponeso

al Epiro, de Macedonia al Illyricum (actual territorio de Croacia y parte de los Balcanes), de allí al norte de Italia, de Milán a Rávena, de Rávena a Roma y de Roma al estrecho de Mesina, para volver luego hacia el norte, a Cosenza, donde murió. Si al principio, en la década de 390, el pueblo que seguía a Alarico estaba compuesto de godos que habían atravesado las fronteras del imperio en virtud de los acuerdos con los emperadores romanos, con el paso del tiempo estas gentes que le seguían no eran ya solo godos. Alarico no se podía proclamar rey de los godos (*rex gothorum*). Eran una amalgama de gentes que se fueron añadiendo y conformando su séquito, porque la capacidad de liderazgo de Alarico provocaba esperanza y confianza en que, en un momento dado, conseguiría sus objetivos, es decir, establecerlos y proporcionarles un sustento y una seguridad que de forma aislada no conseguirían.

Pero aquí surge otro problema de la historia de Alarico: ¿qué era lo que pretendía al final? ¿Conseguir tierras para establecerse en algún territorio con el acuerdo del emperador? ¿O pretendía, en cambio, solo obtener un cargo elevado en la jerarquía del ejército romano que le proporcionara paga para él y para sus hombres; prestigio personal, y, además, y como tendría derecho, recibir la *annona*, es decir, distribuciones gratuitas de alimentos y vestimentas del Estado romano? La discusión sobre estos objetivos se ha polarizado entre los historiadores modernos y trataré de tomar una posición de acuerdo con la interpretación de las fuentes disponibles.

Este pueblo en movimiento terminará, como es sabido y después de la muerte de Alarico en 410, por instalarse en Aquitania (las regiones del sur de la Galia) por un acuerdo (*foedus*) con las autoridades romanas a cambio de un compromiso de defensa eventual contra enemigos o peligros exteriores (o interiores) para el imperio. Y tras casi cien años de estancia en estas tierras y el sucederse de distintos reyes —esta vez sí podemos llamarlos así—, se produce el traslado a la Península Ibérica, obligados por la fuerza ascendente y poderosa de los francos a comienzos del siglo VI. Y la pregunta en este punto es: ¿quiénes fueron los que pasaron a la Península? ¿Cuántos «godos» había entre ellos? ¿Eran todavía «godos»? ¿Podemos hablar con propiedad de «godos» en Hispania?

Una de las constantes en la historia de Alarico, que analizaré en este libro, es sus continuos asedios de ciudades. Las tropas de Alarico asediaron Constantinopla, la capital del Imperio Romano de

Oriente; también Milán (*Mediolanum*), residencia imperial transitoria; Rávena, capital donde residió Honorio durante gran parte de su gobierno; Atenas, y, por último, Roma, por no citar otras. Las más grandes, famosas o importantes ciudades del imperio se verán sometidas a su presencia y a su presión militar. Esto quiere decir que Alarico no se arredraba ante nada y que, con toda seguridad, sabía muy bien evaluar su capacidad militar y la de sus enemigos —en ocasiones poblaciones indefensas, como será el caso de Atenas—. Este hecho pone además de manifiesto otro gran problema muy debatido en la historiografía: ¿en qué medida fue Alarico un destructor de ciudades —de Roma, de Atenas, de Corinto— o de todas las muchas por las que pasó? En este punto hay que evaluar con prudencia el valor de las fuentes que nos hablan de estas destrucciones, contrastarlas —en lo posible— con la evidencia arqueológica y esta, a su vez, evaluarla con rigor crítico con las conclusiones de los arqueólogos. Por eso, en este libro, me he detenido de manera extensa en los asedios de Alarico de Atenas y Roma especialmente.

Esta historia está integrada por una serie de personajes que se enfrentan entre sí, que discuten y tratan de llegar a acuerdos, que se hacen la guerra, que despliegan sus ejércitos los unos contra los otros. Sus perfiles no están siempre lo bastante claros en la documentación antigua, los conocemos de manera parcial, pero he tratado de presentar, al menos, sus rasgos esenciales, en tanto en cuanto nos lo permiten los documentos antiguos con toda la parcialidad o verosimilitud que contienen. Y, así, encontraremos aquí en primer lugar a Alarico; después al emperador Honorio, protagonista principal y adversario de Alarico, débil pero intransigente; a Estilicón, el comandante supremo del ejército romano, cuya actitud a veces ambivalente ha provocado diferentes opiniones entre los historiadores modernos; a Arcadio, el emperador de Oriente que residía en Constantinopla; a Rufino, su eunuco y ministro poderosísimo y ambicioso; a Eutropio, su sucesor, eunuco también, plenipotenciario de Arcadio y que mueve los hilos de la política oriental del imperio; a Olympius, enemigo acérrimo de Estilicón que provoca su muerte y que domina las decisiones de Honorio; a Prisco Attalo, elegido emperador por iniciativa de Alarico para enfrentarlo a Honorio, y a otros varios que aparecen de forma incidental en las fuentes.

Un episodio marca de forma espectacular la biografía de Alarico: sus funerales, inventados, posibles o reales, que hacen pasar a

su protagonista a la historia y a la leyenda. El único historiador que describe la ceremonia, Jordanes, que escribió ciento cincuenta años después de la muerte de Alarico, en época de Justiniano (mediados del siglo VI), nos dice que fue enterrado en el río Busento, en Cosenza (Italia), junto con sus tesoros, y que el lugar permaneció secreto, ya que los encargados de desviar el río para enterrarlo fueron asesinados inmediatamente después para que nadie pudiera desvelar el lugar. La imaginación se ha desbordado entre historiadores, arqueólogos y autoridades políticas o académicas a propósito del contenido de este «tesoro».

Los arqueólogos reunidos en el Congreso de Arqueología Clásica de Breslau en 1884 propusieron ya la necesidad de iniciar excavaciones en el río para tratar de encontrar «el tesoro». En el período nazi, en 1937, Hitler envió a Cosenza a Himmler con la orden de buscar el tesoro de Alarico, y Goebbels consideraba el tesoro de los godos como uno de los irrenunciables símbolos del Tercer Reich y ello no era en vano, pues pensaban que Alarico era un germano, hasta tal punto que la invasión militar alemana de Italia se denominó «Operación Alarico».

Más recientemente, el alcalde de Cosenza ha promovido un proyecto de gran envergadura con toda la tecnología más moderna a su alcance para buscar «el tesoro de Alarico», que, según él estima, debe equivaler a 275.000 millones de euros (es decir, el 15-20 por 100 del PIB italiano) —leo en la prensa local—. Se calcula que contiene cifras astronómicas de monedas de oro y plata (25.000 toneladas de monedas de oro y 150 toneladas de monedas de plata), naturalmente fruto del saqueo de Roma de 410 y de otras razias del ejército de Alarico. Todo esto, como es lógico, es pura anécdota e imaginación, y a su debido tiempo he tratado el tema de los funerales de Alarico como capítulo final del libro.

Todos estos aspectos —y otros— forman parte de la historia de Alarico, cuyos términos no siempre parecen claros y, en todo caso, están sometidos a debate y a las interpretaciones de los historiadores.

Este libro está basado en las fuentes antiguas —griegas y latinas, literarias, jurídicas, epigráficas incluso y, a veces, iconográficas— y he procurado leer, al mismo tiempo, toda la bibliografía disponible a mi alcance. Estas fuentes requieren aquí al menos un rápida presentación.

Solo algunos —pocos— autores cuyo conocimiento se ha conservado hasta nuestros días son contemporáneos de Alarico y, por

desgracia, sus historias han perdurado de forma fragmentaria a través de resúmenes de otros autores posteriores. Si la historia (o «materiales para una historia») de Olympiodoro de Tebas solo cubría la época que iba desde el 407 al 425 (es decir, no trataba los primeros años de Alarico), la de Eunapio de Sardes abarcaba todo el período. Ambos autores son paganos y su obra se conserva a través del texto de Zósimo, historiador de comienzos del siglo VI que escribió en griego una *Historia Nueva* (*Historia nea*), que resulta ser el relato más completo que poseemos sobre Alarico, excepto, lamentablemente, para el tercer sitio de Roma, el de 410, y el viaje hasta el estrecho de Sicilia y posterior muerte de Alarico, ya que no se nos han conservado y formaban parte, con toda seguridad, de lo que hoy constituye su libro VI.

Pero hay un autor que es riguroso contemporáneo de Alarico, el poeta Claudiano, que describe y ensalza las acciones de Estilicón y las de Honorio en una serie de poemas que contienen muchos elementos importantes para reconstruir los acontecimientos y las guerras de Alarico, así como su relación con Estilicón, pero que presenta un problema fundamental: su carácter poético, a veces rebuscado, y su excesivo estilo laudatorio y propagandístico, tanto del emperador como de su general.

El resto de las fuentes está constituido por una serie de historiadores cristianos que insertan, en sus historias eclesiásticas, referencias, juicios y reflexiones sobre Alarico y sus acciones. Son historiadores que se inspiran en la obra de Olympiodoro en ocasiones y, en general, no dedican demasiado espacio a Alarico. Todos ellos, Sócrates Escolástico, Sozomeno, Filotorgio, Teodoreto, escriben a mediados del siglo V desde Constantinopla, en griego, siempre con la mirada puesta en los asuntos de la Iglesia y siempre teniendo en cuenta el aspecto cristiano y providencial de esta.

Otro autor, también cristiano, escribiendo esta vez en latín una *Historia adversum paganos*, encargada por su maestro Agustín, describe y juzga acontecimientos de su tiempo (Orosio escribe poco años después del sitio de Roma por Alarico), intentando justificar el saqueo como castigo de Dios a los paganos y como muestra de que, al respetar Alarico las iglesias y basílicas de Roma, la intervención de Cristo, a través del arriano «bárbaro» Alarico, salvó a la ciudad de una catástrofe mayor. Tanto Jerónimo como Agustín se hacen eco, en sermones y cartas desde Belén (Palestina) y desde África, respecti-

vamente, de las consecuencias del saqueo de Roma, magnificando el significado del hecho en forma de lamentación bíblica.

Muy tardíamente Jordanes, que vivió en Bizancio en época del emperador Justiniano, escribe una historia de los godos (inspirándose en la *Chronica* de Cassiodoro) titulada *Getica (de origine actibusque gothorum)*, que es una exaltación de la estirpe goda, aunque no muy precisa en sus cronologías y a veces alterando los hechos.

Una serie de *Chronicas* de los siglos v y vi hacen referencias muy escuetas a Alarico. A todo ello hay que añadir unas cuantas inscripciones, provenientes sobre todo de Roma, que constatan la erección de estatuas públicas a Estilicón, Arcadio y Honorio en el Foro romano o en los muros de Aureliano. Por fin, la leyes del Código Teodosiano complementan nuestra información en lo que se refiere a la política imperial durante este período.

Alarico representa el modelo de la integración, o intento de integración, de los pueblos exteriores al Imperio Romano. Alarico fue alguien «que no concebía otra cultura que la romana, otro mundo civil que el romano»¹. Pero, al mismo tiempo, representa el fracaso de esta política, al experimentar continuamente el rechazo de las autoridades romanas, de manera significativa del emperador Honorio, a sus pretensiones como consecuencia de una corriente antigermánica que permeaba una parte de la sociedad romana. La imagen que ha pasado a la historia, y que recoge la inmensa mayoría de los historiadores modernos, de Alarico como un bárbaro destructor de la civilización clásica, como un implacable autor de masacres y asesinatos, es falsa y está basada en una interpretación tendenciosa de la documentación antigua que no ha sido sometida a un análisis riguroso. Incluso algunos autores cristianos antiguos (Orosio) son más equilibrados en sus juicios sobre él.

He tenido la oportunidad de recorrer en persona muchos de los escenarios de la «peregrinación» de Alarico, Grecia del norte, Beocia, Ática, Peloponeso, Balcanes, desembocadura del Danubio, Constantinopla, Italia, y he llegado también a Cosenza y he podido escuchar el susurro de las aguas del Busento. La geografía es indispensable para comprender la historia de Alarico, aunque no nos

¹ S. MAZZARINO (1990), p. 195.

podemos hacer una idea exacta de las dificultades e incidencias de sus idas y venidas.

* * *

Este libro está elaborado en diversas etapas: una en Villeneuve d'Ascq (Francia), otra en L'Ecole Française d'Athènes y otra, la última, en la biblioteca de la School of Historical Studies del Institute for Advanced Study en Princeton (Estados Unidos), donde puse el punto final en una de las mesas que se me asignó frente al lago de los bosques del instituto. Tengo que agradecer, por tanto, a estas dos instituciones, la acogida y facilidades que me han dado en todo momento para acceder a la documentación, y, también, a los bibliotecarios y bibliotecarias de las mismas. Quiero mencionar en especial a Marcia Tucker y a Kirstie Venanzi, de la biblioteca de la School of Historical Studies de Princeton, por su amabilidad y ayuda.

Doy las gracias, asimismo, a muchos colegas y amigos que han contribuido con sus observaciones y críticas a mejorar y perfilar mejor mi manuscrito. Entre ellos mencionaré, en primer lugar, a Dominic Moreau y a Elisabetta Interdonato, ambos de la Universidad de Lille, por tantas conversaciones sobre la Antigüedad tardía; a Gisela Ripoll, por su ánimo y estímulo para continuar el trabajo; a Raúl González Salinero, de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, por tantísimas pláticas sobre los godos y el período de Alarico; al profesor Patrick Geary, del Institute for Advanced Study, por haber discutido conmigo algunos problemas sobre los godos; a Sabine Panzram, profesora de la Universidad de Hamburgo, y entonces profesora en Tubinga, por haberme ofrecido la oportunidad de dar una conferencia en la universidad de esta ciudad sobre el tema «Alarico en Atenas»; al profesor Markus Trunk, por haberme invitado a hablar también sobre el mismo tema en la Universidad de Trier, y a Alexandra Chavarría, por la invitación a la Universidad de Padua para hablar de los funerales de Alarico.

Debo agradecer también al profesor John Camp, director de las excavaciones del Ágora de Atenas, el haberme ofrecido la oportunidad de discutir con él los problemas del impacto de la llegada de los hérulos y de Alarico a Atenas. Tengo que recordar y mostrar mi agradecimiento al profesor Hartwin Brandt, de la Universidad de Bamberg, con quien mantuve muchas discusiones sobre Alarico durante

nuestra estancia en Princeton en 2017, y a su esposa, Ulrike Peter, y su hija, Levke-Sophie Peter, que tanto me ayudaron para ver mejor en mi ordenador y para intentar resolver problemas informáticos. Debo mencionar también a Merle Eisenberg (Princeton), a Helmut Reitnitz (Princeton) y a Peter Brown (Princeton), por tan útiles y agradables conversaciones sobre Alarico.

Y no puedo olvidar a Carlos Pascual, de la editorial Marcial Pons, por su infinita confianza esperando este manuscrito.

Y, en fin, mi agradecimiento enorme a Fabienne Burkhalter, mi mujer, por su paciencia y críticas siempre constructivas. Pero yo soy el único responsable del contenido del manuscrito.

Princeton, Institute for Advanced Study.
Diciembre de 2017.